

¿Qué hacer cuando el mundo se prende fuego?

English title blog: *What to Do When the World is on Fire* (blog, Septiembre 24th, 2020)

Escrito por / written by: Henry Coleman – Project Coordinator, Local Futures
Traducido por/ translated by: Maitén Rinaldi

En diciembre de 2019, mi mejor amiga Kit nos llevó a mi y a mi compañera al lugar donde ella creció en el remoto valle del Thora, en las prístinas colinas boscosas de la Gran Cordillera Divisoria de Australia Oriental. Mientras conducíamos por Darkwood, el único camino hacia el Thora, Kit nos contó historias de inundaciones y casas enmohecidas, de Navidades pasadas en pozos donde se podía nadar y de recogida de hongos bajo la lluvia. Señaló el lugar donde normalmente se pueden ver las tremendas crestas del acantilado de Dorrigo, uno de los últimos bastiones de la selva tropical Gondwanan.

Pero en diciembre de 2019, el acantilado de Dorrigo, junto con el resto del sudeste del país, quedó envuelta en el espeso humo de la peor temporada de incendios forestales de la que se tiene constancia en Australia. Se estaban quemando selvas tropicales que nunca antes habían conocido las llamas. "Megaincendios" fue de repente un término familiar.

No importaba; nosotros estábamos en una de las partes más húmedas de todo el continente, convencidos de que todavía había pozos de agua en los que nadar, belleza que disfrutar y paz para sentir.

Con la luz roja de la tarde, nos detuvimos para preguntarle a un viejo granjero el camino a un campamento. Él abrió la puerta de su corral de vacas a la orilla del río y nos invitó a armar nuestra carpa allí. Me conmovió que este tipo de generosidad y confianza entre extraños aún persista - por lo menos una vez que te alejas de las grandes ciudades.

A pesar de las hojas ennegrecidas y las largas tiras de corteza carbonizada que nos llovían desde la opresiva nube de humo amarillo que llenaba el cielo, lo pasamos muy bien en ese potrero, haciendo la cena, buscando ornitorrincos en el río y contando historias en la carpa al atardecer.

Entonces, nuestros corazones se saltaron un latido. Vimos a través del mosquitero como el tenue brillo anaranjado del horizonte se encendió de repente, enviando un ramillete de llamas magenta al cielo. Podíamos oír el rugido mientras el fuego consumía toda la ladera de la montaña al suroeste en cuestión de segundos. Sin muchas opciones, desarmamos rápidamente nuestras carpas y nos dirigimos hacia el océano. No olvidaré la abrumadora sensación de desesperanza y total insuficiencia que sentí cuando nos despedimos del generoso viejo granjero, que eligió quedarse y defender su hogar.

Como amante de la naturaleza y observador de aves de toda la vida, ese sentimiento se hizo eco de una mayor desesperación. Este planeta y su caleidoscopio de especies me han dado tanto, me han proporcionado generosamente alimento para el cuerpo, la mente y el

espíritu. Y sin embargo, ante el cambio climático antropogénico, ¿no puedo hacer nada más que entrar en pánico y verla arder en llamas en mi espejo retrovisor?

Desafortunadamente, esta historia no sólo aplica a Australia. En 2020, Siberia, Indonesia, Brasil y Argentina experimentan sus peores incendios forestales en décadas, y el oeste de los EE.UU. se encuentra actualmente en medio de un infierno sin precedentes. Mi corazón está con todos esos innumerables humanos y no humanos que han perdido sus hogares y sus vidas.

También se dirige a todos los jóvenes del mundo que justificadamente temen por su futuro. En 2018, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático nos informó que no nos quedan más de doce años para limitar el cambio climático y evitar una catástrofe incalculable. Como jóvenes, ¿cómo podemos abrirnos a esta insinuación, manteniendo al mismo tiempo suficiente esperanza para trabajar por el cambio? La nueva realidad de los megaincendios nos incita ahora a mí y a mi compañera a cuestionar nuestros sueños de mudarnos al monte y construir una casita: ¿es ahora una decisión imprudente dejar el aislamiento de hormigón que ofrece la ciudad y vivir una vida en la Naturaleza? Para otros, como el agricultor del Valle del Thora (y el resto de la mitad rural de la humanidad), ¿es una decisión imprudente quedarse en sus tierras natales y mantener las formas de vida basadas en la tierra? ¿Deberíamos todos aceptar un destino de urbanización total, dando la espalda a un mundo en llamas a favor de la "inteligente ciudad" climatizada?

La mayoría de los líderes empresariales mundiales no dudarían en responder un rotundo "sí" a esa pregunta. Después de todo, muchos de ellos creen expresamente que nuestra especie está destinada a habitar en el reino de los robots, internet, naves espaciales y megápolis ultramodernas, y no en el reino de los bosques, pequeñas granjas, koalas y pozos ribereños donde nadar. En las fantasías de Ray Kurzweil de Google, nuestra comida vendrá de "edificios verticales controlados por la IA" e incluirá "carne clonada in vitro". En la opinión no tan humilde del Elon Musk de Tesla, la construcción de una ciudad en Marte es "lo más importante para maximizar la vida de la humanidad", aunque las ciudades de la Tierra pronto requerirán "30 capas de túneles" para aliviar la congestión.

Y no son sólo los "tipos de la tecnología" los que pintan este tipo de visión de futuro. Gran parte del movimiento ambientalista también está a bordo. En la cruda creencia de que la humanidad necesita consumir cada vez más energía, están impulsando paquetes de políticas "verdes" y programas de Responsabilidad Social Corporativa que revestirán el suelo fértil con paneles solares y pavimentarán las cimas de las montañas para acomodar las turbinas de viento. Nuestros gobiernos están invirtiendo en gigantescas tecnologías que consumen mucha energía para succionar el carbono de la atmósfera, mientras que los geoingenieros proponen blanquear la estratosfera con dióxido de azufre para reflejar la luz solar infrarroja lejos de la Tierra. Los portavoces del medio ambiente están promoviendo los alimentos cultivados en laboratorios como una solución a la pesadilla de la agricultura industrial. Los llamados grupos de reflexión "progresistas" prevén un mundo con cambios climáticos en el que la humanidad se ha "adaptado" trasladándose a las latitudes polares y construyendo megalópolis con poblaciones 2,5

veces más densas que Manila (la metrópolis más densa de hoy en día), al tiempo que importa energía y materias primas de los trópicos y subtropicos abandonados.

Imploro a todos mis jóvenes compañeros amantes de la naturaleza y activistas que rechacen conscientemente - al por mayor - el futuro tecno-globalista liderado por las corporaciones que nos están vendiendo. Tales sugerencias representan otra extensión del pensamiento reduccionista y la arrogancia científica que originalmente justificaba la explotación de la biosfera - que es lo que nos metió en este lío en primer lugar. Las "soluciones" basadas en la tecnología todavía no logran frenar las emisiones y el consumo insostenible, incluso cuando devoran más recursos y dañan más ecosistemas para poder funcionar. Además, se trata fundamentalmente de permitir la continuación de una economía mundial colosal que ni siquiera puede servir a nuestro propio bienestar, y mucho menos al de los animales y los ecosistemas que amamos

Ya hemos visto cómo la globalización económica socava los medios de vida e impulsa la competencia por empleos cada vez más escasos, al tiempo que explota a trabajadores y recursos. Hemos sentido la depresión y el estrés que causa, ya que desgarrar el tejido comunitario y nos presiona para competir en la escuela y en el lugar de trabajo. Estamos enojados por la forma en que crea una enorme riqueza para unos pocos a expensas de muchos, y perpetúa las profundas injusticias raciales, culturales y económicas que están arraigadas en las raíces coloniales de la economía mundial. Hemos sentido el vacío de la cultura de consumo, sufrido los graves efectos sobre la salud de las adicciones en las que nos atrapa, y experimentado el aislamiento y la carrera competitiva feroz de la vida en las grandes ciudades

Necesitamos superar la seria ilusión de que la modernidad industrial es el único camino. El cóctel tóxico de la globalización corporativa, el desarrollo de alta tecnología y la urbanización no es inevitable, y no puede ofrecer ninguna solución significativa a las crisis que ha creado.

¿Qué hacer entonces?

¿Mudarnos al campo, luchar contra el fuego y rezar para que nosotros tampoco nos prendamos fuego?

Bueno, no del todo. Tenemos que ir más allá de la respuesta de "lucha": el tipo de respuesta que vio a las autoridades australianas bombardear los bosques con miles de toneladas de tóxicos retardantes de fuego y miles de litros de agua de mar el verano pasado. Esto añadió sal a la herida, envenenando las ya vulnerables vías fluviales, las ecologías y las comunidades humanas. No - no podemos simplemente invertir en más máquinas, tecnologías e infraestructura a gran escala para luchar contra la Naturaleza.

Se necesita una respuesta muy diferente, una que sea holística, sistémica, creativa y que realmente trabaje junto a los procesos naturales, en lugar de contra ellos. Estamos llamados a despertar al potencial de la humanidad para sanar la Tierra: restaurar sus ecosistemas, reconstruir sus suelos, retener el agua dulce y reducir el carbono.

Esto significa superar la idea miope de que la humanidad sólo puede dejar una huella destructiva en la Tierra, una idea que me deprimió y paralizó cuando era adolescente, y que sigue atormentando a demasiados amantes de la naturaleza. Abramos los ojos a la mayoría de las culturas humanas - incluyendo y especialmente las indígenas australianas - que han enriquecido constantemente la biosfera. Como revelan libros pioneros como *Dark Emu* y *Fire Country*, los pueblos indígenas han estado mejorando la salud y la abundancia ecológicas durante milenios, observando y escuchando los ecosistemas que habitan, y alterándolos con la agricultura en

Fundamental para la profunda sabiduría ecológica de las culturas indígenas son las economías localizadas, basadas en la tierra, en las que el florecimiento humano está directamente ligado a la abundancia ecológica local. De manera similar, al localizar nuestras economías en el mundo moderno, podemos reincorporar la economía a la ecología. Podemos destinar nuestros recursos (incluyendo nuestro genio tecnológico) a la tarea de maximizar la regeneración ecológica y al mismo tiempo satisfacer todas las necesidades de las comunidades locales. El Homo sapiens puede volver a convertirse en curandero de la Tierra.

Localización sistémica = regeneración generalizada

Desde que puedo recordar, he estado buscando una esperanza informada a la luz de la crisis ecológica. Mi viaje ha sido guiado por la autora, ambientalista y economista alternativa Helena Norberg-Hodge y su organización *Local Futures*, cuyo documental de 2011 '*The Economics of Happiness*' (La economía de la felicidad) me alivió de la paralizante idea de que el florecimiento humano y el bienestar ecológico son metas separadas y mutuamente excluyentes. Explicaba cómo la localización es un "multiplicador de soluciones" que reconstruye las relaciones íntimas y recíprocas entre las personas, y entre las personas y los ecosistemas.

Localizar nuestros sistemas alimentarios, en particular, es la solución más significativa para el colapso del clima. ¿Suena como una gran pretensión? Escuchame.

La mayoría de los ecologistas están familiarizados con el hecho de que las actuales prácticas agrícolas son destructivas en muchos niveles. En el sistema alimentario globalizado, enormes cantidades de productos uniformes se cultivan en vastos monocultivos con uso intensivo de recursos y productos químicos, y son gestionados por una maquinaria agrícola hambrienta de combustibles fósiles. Los animales se crían en granjas industriales altamente tóxicas y contaminantes. Las cosechas se transportan en avión por todo el mundo y se vuelven a transportar para ser procesadas, empaquetadas y vendidas. Los suelos se dejan desnudos y muertos, vulnerables a la erosión por el viento y la lluvia. Los agricultores y los trabajadores agrícolas están sujetos a condiciones que constituyen la esclavitud moderna. En total, este sistema alimentario es actualmente responsable de hasta la mitad de todas las emisiones antropogénicas de gases de efecto invernadero, así como de una cantidad inconmensurable de deforestación, degradación del suelo, consumo de agua y pérdida de biodiversidad

La localización le da la vuelta a esta locura. Al localizar, damos prioridad a la producción de una diversidad de alimentos, fibras y medicinas para los mercados locales, estimulando un aumento radical de la biodiversidad agrícola. Las granjas pasan a actuar como ecosistemas naturales, devolviendo la materia orgánica al suelo y aumentando así su potencial de secuestro de carbono. Los estudios preliminares sugieren que, si se instituyen en todas las tierras cultivadas y de pastoreo del mundo, esos sistemas agrícolas podrían secuestrar más del 100% de las actuales emisiones mundiales de carbono, y al mismo tiempo producir muchas más veces (algunos estudios muestran hasta 10 veces) la cantidad de alimentos por hectarea.

Y los beneficios van mucho más allá de la reducción de carbono. Las técnicas de cultivo agroecológico devuelven la vida a la tierra. Mirá la charla de Allan Savory para ver cómo el pastoreo regenerativo de vacas, cabras y ovejas ha reverdecido vastas franjas de tierras desertificadas en África, o este vídeo de cómo ha devuelto a las especies en peligro de extinción en el Reino Unido. O investigar la historia de Ernst Götsch en Brasil, que fue capaz de revivir catorce manantiales secos, reforestar cientos de hectáreas, y lograr más lluvias y temperaturas más frescas en su microrregión imitando la sucesión ecológica del bosque circundante, todo ello mientras producía abundante alimento y madera.

¿Cómo puede la agricultura afectar a las precipitaciones? El aumento de la cubierta arbórea en las granjas diversificadas puede propiciar la formación de nubes y reforzar los patrones de viento que traen la lluvia. Y reconstruir el suelo lo convierte en una esponja para el agua, permitiendo que la lluvia penetre y rellene los acuíferos, y se empape en la vegetación. Muchos sistemas agrícolas a pequeña escala también integran paisajes de retención de agua, como los estanques de percolación gestionados por la comunidad, los estanques y zonas de humedales, que recargan las aguas subterráneas y sostienen los ríos y manantiales. No debemos subestimar la importancia de estos efectos, sobre todo porque la desecación de las tierras y el agotamiento de los acuíferos (gracias, una vez más, en gran parte a la agricultura industrial y globalizada) fue una condición central tanto para Australia como para los Estados Unidos en las temporadas de incendios sin precedentes.

Todavía hay otras formas de restauración y resiliencia que los seres humanos pueden regalar a sus paisajes. Como detalla el practicante tradicional del fuego Victor Steffensen en *Fire Country* (Pais de fuego), los custodios indígenas de este continente han trabajado con el fuego durante muchos miles de años, tanto para protegerse contra los incendios como para mejorar activamente los ecosistemas. (Una vez más, esto es paralelo a la situación en América del Norte, donde los pueblos de las Primeras Naciones también trabajan con el fuego para ambos fines). Queman arbustos secos, malezas, hierbas muertas y hojarasca para dar paso a la aparición de nuevos brotes y a la germinación de semillas. Se queman lentamente, en frío y de forma fragmentada (permitiendo que los animales escapen), asegurándose de no dañar la cubierta. Recurren al conocimiento profundo e intergeneracional de la tierra para elegir los momentos y lugares adecuados para quemar, evitando las temporadas de anidación de las aves terrestres y las temporadas de fructificación de las principales fuentes de alimento. Este es un enfoque práctico, que tiene como objetivo no sólo proteger a los seres humanos, sino también aumentar la biodiversidad y la capacidad de vida de ecosistemas enteros.

Permítanme subrayar por qué el marco más amplio de la localización económica es tan importante para la necesaria revolución en la agricultura y la gestión de los recursos: todos estos métodos deben ser de pequeña escala, de ritmo lento y manejados cuidadosamente por manos humanas. Las granjas diversificadas no pueden ser sembradas o cosechadas por maquinaria ciega y estandarizada; requieren el cuidado íntimo y el cultivo sensible que sólo las manos humanas pueden ofrecer. Del mismo modo, las prácticas como el manejo tradicional del fuego requieren más tiempo - más manos y ojos por hectarea. La localización económica es una forma estructural de incentivar y revivir este tipo de actividad a pequeña escala, práctica, rica en empleos y centrada en la comunidad.

El tejido cohesivo de las comunidades locales es, en sí mismo, una forma de resiliencia social y ecológica, una fuerza que puede movilizarse para proteger contra los desastres naturales. En la zona de Nimbin, en el noreste de Nueva Gales del Sur (un punto caliente para las comunidades locales intencionales), el incendio forestal del monte Nardi amenazó muchas casas y quemó franjas de la selva tropical de Gondwanan, protegida por el Patrimonio Mundial. Pero el fuego fue controlado gracias a un grupo auto-gestionado de ecoaldeanos locales, miembros de cooperativas y agricultores llamados "los defensores de la comunidad".

"Sin el trabajo [de los Defensores de la Comunidad] no hubiéramos contenido este incendio" declaró un conductor de bomberos. "Vaya, se movilizaron de tal manera que todos los que llevábamos uniforme quedamos completamente sorprendidos", elogió el capitán, señalando: "estas comunidades ya son comunidades intencionales; ya existe ese tejido que existe allí. No estoy muy seguro de cómo podría funcionar eso en una zona diferente, donde hay arrendamientos privados y la gente no conoce a sus vecinos".

La pieza clave del rompecabezas

"Mitigación", "adaptación", "resiliencia" y "regeneración" se han convertido en palabras de moda en el movimiento ambientalista y están cada vez más presentes en los debates políticos. Pero la pieza clave del rompecabezas se deja de lado con demasiada frecuencia: cualquier solución climática genuina requiere más manos en la tierra.

Esto no significa que tú y yo debamos dejar nuestros trabajos, dejar nuestros círculos sociales y mudarnos a algún remanso rural para empezar a plantar árboles y cultivar nuestra propia comida. Si bien es cierto que hay innumerables jóvenes valientes haciendo ese tipo de trabajo pionero, realmente necesitamos marcos políticos que faciliten la localización para que no sea una constante batalla cuesta arriba. Esto significa políticas que:

- hagan que los alimentos, la ropa y los materiales de construcción locales sean más baratos y accesibles que los productos del otro lado del mundo,
- revitalizar la vida en las ciudades y pueblos más pequeños, proporcionando trabajos de buena calidad, educación y oportunidades culturales interesantes,
- acortar las distancias entre el productor y el consumidor siempre que sea posible, para permitir economías más transparentes, más responsables y más democráticas,

-fomentar la producción en pequeña escala y diversificada para los mercados locales, en lugar de la producción en gran escala de productos básicos para la exportación.

Podríamos apoyar la reconstrucción de las economías locales y diversificadas en las zonas rurales, vinculando al mismo tiempo las ciudades con los productores regionales de necesidades básicas. Podríamos dejar de apoyar los sistemas de producción globalizados dirigidos por corporaciones no responsables, y empezar a invertir en empresas más pequeñas que sean estructuralmente capaces de adaptarse a las condiciones locales, de participar en economías circulares y de respetar las relaciones comunitarias. Esto significaría reorientar los subsidios económicos, los impuestos y las regulaciones para que no apoyen la energía y la tecnología, sino que favorezcan el empleo. Por ejemplo:

En lugar de gastar decenas de millones de dólares de los contribuyentes en el alquiler de enormes aviones hidrantes a empresas extranjeras, podríamos emplear a personas para realizar quemas tradicionales, bajo la supervisión de expertos indígenas.

- Con la mitad de la cantidad de dinero que actualmente subvenciona a la Gran Agricultura, podríamos apoyar a los agricultores en la transición a las prácticas regenerativas, y financiar el establecimiento de muchas más granjas pequeñas.

- En lugar de verter dinero en la infraestructura para un comercio cada vez más global, podríamos fortalecer las cadenas de suministro locales y reconstruir la infraestructura mucho más ligera que se necesita para los mercados locales y las pequeñas empresas - piense en los ferrocarriles, las oficinas de correos, los espacios de los mercados públicos.

- En lugar de firmar tratados de "libre comercio" que den a las multinacionales aún más libertad para hacer lo que les plazca, podríamos empezar a re-regularlas, al tiempo que reducimos la burocracia y los trámites burocráticos que con demasiada frecuencia estrangulan a los pequeños actores y a los proyectos comunitarios.

Hace sólo un par de años, la idea misma de un cambio de política habría desanimado a mucha gente (especialmente a los jóvenes). En aquel entonces, los mensajes de justicia social y ambiental todavía se centraban en cambiar los comportamientos individuales. Pero me anima ver, en los medios sociales y en las conversaciones con mis compañeros, que ha habido un marcado cambio. Estamos utilizando cada vez más nuestra imaginación para ir más allá de los deprimentes confines del capitalismo neoliberal y la modernidad industrial, y nos estamos dando cuenta de que tenemos un músculo democrático colectivo que ejercer. Más que nunca, estamos preparados para el desafío de asumir el cambio de sistemas.

Por lo tanto, propongo que nuestra tarea más urgente es imaginar futuros con base en la tierra y exigir que se tomen medidas políticas para realizarlos. Imaginate: comunidades con capacidad de respuesta y más pequeñas empresas se encuentran con paisajes que retienen el agua y son resistentes a las inundaciones, con una gestión informada de la tierra; granjas con biodiversidad y ecosistemas vivificantes. Estos elementos pueden cruzarse para formar el tejido de nuestro futuro: un tejido que puede mantenernos seguros y en profundo optimismo, incluso cuando se avecina el fantasma del cambio climático.

Esto va mucho más allá de la transición de la actual economía mundial a las energías renovables; si somos honestos con nosotros mismos, sabemos que nuestro amor por la Naturaleza es mucho más profundo que eso. Prevé que las sociedades humanas se reintegren al mundo natural, sostenidas por bosques de alimentos y ecosistemas gestionados holísticamente, impulsados por energías renovables de pequeña escala y de propiedad de la comunidad. Desdibuja la línea entre lo salvaje y lo cultivado, entre lo humano y lo no humano, entre el individuo y el universo.

Una capacidad latente de sanación

Durante los meses desde que las lluvias finalmente vinieron y extinguieron los incendios, una de mis mayores alegrías ha sido ser testigo de la increíble capacidad regenerativa de los bosques quemados. Con agua en sus raíces, los cuerpos ennegrecidos de eucalipto y bankias, maleleucas y mirtáceas estallaron en brotes frondosos de color rosa brillante y verde. Los pastos y los helechos brotaron del suelo ceniciento. Los bosques pasaron de sombríos cementerios a vibrantes palacios de clorofila, y todavía se podían encontrar aves lira rascando el suelo de lenta regeneración.

Mi consuelo es que nosotros los humanos - incluso los científicos entre nosotros - no podemos entender completamente la increíble capacidad regenerativa de nuestro planeta. Por lo tanto, podemos mantener la esperanza de que los modelos científicos y las predicciones del futuro no muestran el cuadro completo. Creo que si cambiamos nuestro sistema económico mundial hacia una pluralidad de sistemas que apoyen el cultivo práctico y la renovación de los ecosistemas, y si cambiamos nuestras culturas hacia una reverencia de la Tierra en lugar de oprimirla, podemos tener fe en que la Madre Tierra pueda moverse de maneras sorprendentes para reequilibrar el clima mundial y apoyar la vida. Me atrevo a decir que ella realmente quiere hacerlo.

Si esto suena ingenuo, recuerda que la arrogancia científica siempre ha sido el enemigo ecológico número uno - pensamos que la naturaleza era mecánica y predecible, capaz de ser diseccionada, predecible y manipulable. Pero ahora, incluso la ciencia se está moviendo en una dirección más holística. Estamos aprendiendo que cosas tan pequeñas como los átomos son fundamentalmente impredecibles - en palabras de Rupert Sheldrake, tienen una libertad innata. Seguramente entonces, también la tienen los ecosistemas, las corrientes oceánicas y los sistemas meteorológicos.

Los pueblos indígenas de todo el mundo hablan de poderes conscientes arraigados en montañas, ríos, bosques y mares. ¿Qué pasaría si ir más allá de las terribles predicciones científicas de las espirales de muerte ecológicas y las bombas de tiempo climáticas fuera de control, y dedicarnos colectivamente a un futuro más hermoso, pudiera incitar a estos poderes a despertar? Nunca hemos entendido la verdadera complejidad del mundo viviente. Al entrar en esa humildad, y al encarnar la fe en el incalculable poder e intencionalidad de la Madre Tierra para sostener la vida, podríamos liberar una cascada de poder regenerativo que apenas nos atrevemos a imaginar.

Después de los incendios, me sentí conmovido al ver cómo algunos árboles explotaban en nuevos brotes después de una o dos semanas, mientras que otros de la misma especie

y en las mismas zonas tardaban meses. La complejidad y la singularidad de toda la vida que nos rodea niega la categorización reduccionista - simplemente no podemos entender completamente la naturaleza de la Naturaleza.

Lo que podemos hacer, sin embargo, es plantear el llamado a una economía de la humildad; una economía que respete la diversidad y los flujos dinámicos del mundo natural; una economía de la localización. Podemos trabajar para deconstruir la "mano invisible" del monstruo tecno-económico mundial, y hacer que libere su garra mortal de la garganta de la Naturaleza. En la humilde comprensión de que la Tierra tiene lo que se necesita para florecer, podemos poner nuestras propias manos a trabajar en traerla de vuelta a la vida.

Si hacemos estas cosas, podemos creer en un futuro de expansión de las selvas tropicales, ríos caudalosos, diversas especies y un clima estable. Podemos creer en un mundo sin hambrunas ni sequías, sin violencia sistémica ni injusticia económica. En palabras de Charles Eisenstein, podemos creer en el mundo más hermoso que nuestros corazones saben que es posible.

Foto: Henry Coleman

Read blog in English here: <https://www.localfutures.org/what-to-do-when-the-world-is-on-fire/>

Read all our blogs here: <https://www.localfutures.org/blog/>